No obstante, cerca de él, Carlota mantiene la llama de la ambición. Es ella la que se encarga de responderle a Sofía, por temor de que Maximiliano, demasiado buen hijo, demasiado dulce de carácter, no se atreva a chocar con su madre. Segura de sí misma, muy al corriente de la política, se siente con talla suficiente para enfrentarse a su suegra, y reduce a

con talla suficiente para enfrentarse a su suegra, y reduce a nada las aprensiones que ésta manifiesta. La situación en México está lejos de ser menos favorable ahora que al principio. Al contrario, tiende "hacia una solución digna y feliz". No existe comparación entre Grecia y México. Austria, afirma ella, tiene "un derecho histórico al trono mexicano" y la corona será "ofrecida por la voluntad nacional". ¿Grecia? Un país miserable de raza pervertida, en tanto que México, inmenso y rico, posee "elementos españoles e indios excelentes", lo que permite emprender el desarrollo del país desde el momento en que la paz quede asegurada y la unión restablecida. ¿Fuerzas armadas demasiado débiles? Pero el amor del pueblo será suficiente para proteger al trono. E incluso si, contra todas las previsiones, el archiduque fracasara en esta tarea, no tendría por qué sentirse avergonzado, porque sabría mantener la tradi-

ción de la familia a pesar de cualquier cosa que sucediese. Carlota conjura a su suegra que no los aflija, a ella y a Maximiliano, poniendo objeciones que por otra parte nada

cambiarían de la decisión de Maximiliano.

Es ella también quien, del 12 al 19 de septiembre de 1863, tendrá en Bruselas conversaciones cotidianas con su padre el rey de los belgas. Insiste sobre el punto capital: la garantía de Inglaterra. Francisco José se atiene a ello y Napoleón también. La garantía, es decir, una renovación del convenio de Londres al que se adherirían Austria y Bélgica. Leopoldo se muestra escéptico. Casi no cree posible que pueda obtenerse esa garantía. Pero probablemente un apoyo moral, la escolta de una fragata inglesa. Esto será suficiente para Maximiliano, afirma Carlota.

El padre y la hija abordan luego el capítulo del préstamo. Un préstamo de quinientos millones de pesos fuertes para hacerles frente a los primeros gastos y para rembolsarle a Francia los gastos de la expedición. Leopoldo aprueba "la forma de un rembolso periódico", porque así "Francia se encontrará

atada". Es absolutamente necesario tener su garantía.

Pasan a la constitución. Carlota lee algunos párrafos de ella. "La nación mexicana es libre, soberana e independiente. Todos

los ciudadanos son iguales ante la ley..." Leopoldo aprueba. Pequeña discusión a propósito de la libertad de prensa. Ambos quedan de acuerdo: prensa libre pero con leyes represivas. "Esto no es una contradicción, explica Leopoldo, se reconoce la libertad del bien, pero no la del mal". Luego se examina la cuestión de las cámaras. Leopoldo, en cuanto a él, prefiere el bicamarismo, con un senado de estilo americano. Recomienda la creación de organizaciones comunales, provinciales, de una corte de las cuentas para controlar a los ministros. ¿Religión de Estado? Sí, pero a condición de asegurar la tolerancia de los demás cultos.

Carlota le confía a su "querido papá" que teme un poco las dificultades suscitadas por la candidatura de Maximiliano. Respecto de este punto, Leopoldo se siente optimista. Él también conoció, en 1830, esta clase de obstáculos. "Se triunfa de ellos observando fielmente la constitución, no sólo en general y según su espíritu, sino textualmente". Por ello es por lo que, muy prudente, aconsejó una constitución "muy clásica" que debe pasar en silencio las cosas sujetas a cambios o mejoramientos.

Al presente, y ya decidido Leopoldo, "intentará trabajar a Inglaterra". Formula, dice, los más calurosos votos por el éxito de la empresa que cree "noble y meritoria". Pero sobre todo recomienda "buena administración y justicia. Son dos cosas a las que están menos acostumbrados los mexicanos y que más estiman". Estas palabras transportan de júbilo a Carlota. Le telegrafía a Maximiliano. "Encantada; todo va de la mejor manera posible".

Cuando le preguntó a su padre: "¿Debo ir a México con Maximiliano?", el rey le respondió: "Es tu deber". Incluso añadió que, para los franceses "caballerosos", defender a una mujer haría aumentar su ardor, tanto más "cuanto que esa mujer lleva un nombre que, en el corazón de muchos oficiales superiores, despertará recuerdos todavía vivos porque les recordará su juventud". ¡Qué estímulo para la archiduquesa que venera a su padre!

¿Qué sucede en México? El general Bazaine remplazó a Forey, Bazaine, investido por Napoleón III "de la doble autoridad militar y diplomática". En una carta confidencial (30 de julio de 1863), el emperador revela su verdadero pensamiento:

quiere que se les haga un llamado a los hombres honorables de todos los partidos, que se establezca un gobierno provisional que consultaría a la nación acerca de la forma del régimen que quiere adoptar y que protegería el establecimiento de una monarquía, si tales eran los deseos del mayor número. Sobre todo, e insiste en ello, "nada de reacción, no volver sobre la venta de los bienes del clero; pacificar al país empleando el mayor número posible de tropas mexicanas". Expresa sus temores. "Deploré las órdenes de Forey a propósito de la confiscación de los bienes que pertenecían a los hombres hostiles, y tengo miedo de que sean reaccionarios los del triunvirato nombrado en México".

Temores justificados. Forey, en un informe, había indicado qué espíritu animaba a la regencia dominada por el clero. Si el gobierno adversario había ido demasiado lejos en su brutalidad respecto de la Iglesia, podría temerse que el gobierno actual "no fuera más lejos en el sentido inverso". Las noticias recibidas de México confirmaban las inquietudes de Napoleón. Hace también llamar a Hidalgo a quien recibe en compañía de Eugenia. La conversación dura dos horas. Hidalgo, reprendido en debida forma, reunirá a los mexicanos de París, y éstos deberán hacerles saber a sus amigos de México que el emperador exige que sean aplicadas medidas liberales.

Por otra parte, Napoleón le envía al archiduque el informe de Forey. Habla claramente: debe hacerse una declaración muy neta a propósito de los bienes nacionales. No debe subsistir ningún equívoco. De lo contrario, será imposible establecer la monarquía en México.

Finalmente le escribe de nuevo confidencialmente a Bazaine para "repetir" lo que decía en su última carta. Que se esfuerce en "pacificar al país procurando llamar a sí a todas las personalidades de los diversos partidos"; que se le cierre el paso al camino de la reacción haciendo sentir bien que "siempre es la espada de Francia la que manda..." Prevé un empréstito y, para disminuir los gastos, piensa en "prestarle" a México durante diez años la legión extranjera.

Le envía a Bazaine copia de una carta recibida de allá y que lo ha sorprendido, porque, al testificar las torpezas de la reacción, refleja muy bien el espíritu del ejército: el clero anima a los locatarios a no pagar el alquiler a los actuales propietarios, afirmando que se volvería sobre sus ventas "hechas bajo la inspiración de Satán", y que se les obligaría a pagar por segunda vez al clero, único verdadero propietario. "Estamos en plena reacción...; con la composición del gobierno

provisional, no podría ser de otra manera. El señor Almonte es un reaccionario de poco valor, se dice. El general Salas es una vieja momia. Queda el obispo representante del arzobispo. Es un hombre vigoroso que en seguida ha puesto los pies sobre los otros dos y que dirige todo... En cuanto a los liberales, nos hacen responsables de todo..." En suma, "se chapotea en el lodazal". Los asuntos de México "están más embrollados de lo que estaban antes de nuestra llegada, comprueba el autor de la carta... No podemos abandonar a México en el estado en que lo hemos puesto... Nos echamos todo el mundo a las espaldas... Si continuamos, ¡qué triste tarea le damos a ese pobre de Maximiliano y qué desilusión le preparamos! Cuando desembarque en Veracruz y vea que todo su imperio se compone del camino de Veracruz a México, ruta en la que deberá hacerse escoltar fuertemente para no ser raptado; cuando no encuentre en la capital ni finanzas, ni justicia, ni ejército, sino bandidaje organizado y a los partidos tirando en sentido contrario y desgarrándose, ¿a qué santo podría encomendarse?"

El que escribe estas líneas es el capitán Loizillon, espíritu independiente, lúcido, que mantiene correspondencia con Hortense Cornu, ahijada de Napoleón III, única mujer que, con la emperatriz, ejerce —pero en sentido opuesto— influencia sobre el emperador. Espera que sus cartas serán puestas ante los ojos del soberano, porque considera "como un deber de hombre honorable instruir a la opinión pública en Francia acerca de todas las indignidades y estupideces" de que es testigo impotente.

Denunciará las faltas del representante de Francia, Dubois de Saligny, en quien Napoleón y Eugenia tienen total confianza, y las de Forey. Para él, sólo un hombre, Bazaine, puede restablecer la situación y orientar a Maximiliano hacia el camino liberal. Si éste está pronto para ello. Entonces podrá "en diez años, hacer de México un país rico" capaz de rembolsarles a los franceses las costas de la guerra y abstenerse de su ayuda. Incluso podrá resistirles a los norteamericanos y, además, absorber a vecinos como Guatemala que no dudarían, "viendo los beneficios de un gobierno fuerte, sólido, honorable y progresista", en cambiar su "libertad anárquica" para gozar de un régimen estable.

Según este testimonio que tiene todas las apariencias de la sinceridad y de la franqueza, Napoleón está autorizado a creer que un cambio de hombres podría trasformar la situación. Forey y Dubois de Saligny alejados, y Bazaine nombrado jefe del ejército, Maximiliano podría llegar a un país empeñado en el buen camino y donde el soberano no tendría más que guiarlo.

En una carta a Maximiliano (2 de octubre de 1863) carga el acento sobre la necesidad de una dictadura liberal que impondrá la igualdad ante la ley y la libertad civil y religiosa, que garantizará la honorabilidad de la administración y la integridad de la justicia, condiciones indispensables para reunir en torno del nuevo régimen a los mejores elementos del país.

* *

La diputación de los notables debía partir el 18 de agosto de México para ir oficialmente a proponerle la corona a Maximiliano. Muy preocupado por esta recepción, el archiduque va a Schoenbrunn a ver a su hermano para conversar con él acerca de los problemas que plantea. Se decide que se la recibirá "a título privado". En su respuesta, Maximiliano pondrá algunas reservas para su aceptación. En primer lugar, el deseo de la nación mexicana deberá ser claramente expresado. Luego, las dificultades suscitadas en Europa y particularmente en Inglaterra deberán ser allanadas. Finalmente, deberá contarse con la aprobación total del emperador de Austria,

Sobre estas bases, Maximiliano prepara un proyecto de respuesta. Proyecto que Viena no aprueba. Rechberg, siempre reticente, siempre prudente, juzga que el consentimiento del archiduque debe darse "de una manera menos absoluta". Y el nombre del emperador no debe asociarse al de su hermano. En suma, el gobierno austriaco quiere mantenerse, tanto como sea posible, aparte de este asunto. Da pruebas de ello cuando, el 22 de septiembre, Maximiliano pide que Austria esté representada en la recepción de los mexicanos. Rechberg se opone a ello, "Vuestra Majestad ha decidido no permitirle al gobierno de Vuestra Majestad intervenir en la cuestión mexicana —le escribe a Francisco José—; luego es imposible que el gobierno imperial esté representado porque, a los ojos de Europa, Austria parecería asociada a la empresa mexicana, lo que rechaza categóricamente".

La delegación llega el 3 de octubre. Unicamente el archiduque —Carlota no está presente— la recibe en el gran hall. Maximiliano viste ropas civiles. No hay ningún uniforme en derredor de él. Gutiérrez de Estrada está acompañado de otros nueve mexicanos de nota, entre los cuales se hallan Hidalgo, Miranda, Thomas Murphy. En su estilo ampuloso y declama-

torio, se dirige a Maximiliano en francés. "La nación mexicana nos ha enviado hacia Vuestra Alteza Imperial, objeto actualmente de sus más puros deseos, así como también de sus más caras esperanzas... Intérpretes de las aspiraciones y de los íntimos deseos de la patria, venimos, en su nombre, a ofreceros, monseñor, la corona de México que un decreto solemne de la Asamblea de los Notables, ya consagrado por la adhesión de tantas provincias, y que lo será pronto, según todo lo anuncia, por la nación entera, os concede libre y espontáneamente..." De hecho, la delegación trae el proceso verbal de la sesión tenida el 10 de julio por la asamblea de notables, y las actas de adhesión de las ciudades de Puebla, Orizaba, Córdoba, Veracruz y treinta y siete aldeas.

Maximiliano responde también en francés, pero de una manera muy breve. Formula sus condiciones. De acuerdo con el emperador Napoleón, dice, declara que la monarquía no podrá ser restablecida sobre "una base legítima y perfectamente sólida" sino a condición de que la nación entera, expresando "libremente" su voluntad, ratifique el voto de la capital. "Del resultado de los votos de la generalidad del país, debo hacer que depende en primer lugar la aceptación del trono que se me ofrece..."

Debe, por otra parte, exigir en favor de su futuro imperio, "las garantías indispensables para ponerlo al abrigo de los peligros que amenazarían su integridad y su independencia". Finalmente, declara querer instaurar un régimen constitucional desde el momento en que sea cosa lograda la pacificación del territorio. Sólo entonces podrá ser inaugurada una política nueva y verdaderamente nacional "en la que los diversos partidos, olvidando sus antiguos resentimientos, trabajarían en común para darle a México el lugar eminente que parece estarle destinado entre los pueblos, bajo un gobierno que tenga como principio, hacer prevalecer la equidad y la justicia".

Este lenguaje desilusiona a los delegados. En suma, el archiduque no acepta sino con la reserva de muchas condiciones que aún no se han cumplido. Espera manifestaciones masivas en favor del imperio; espera que los franceses terminen la "pacificación", única que puede permitirle expresarse a la voluntad popular.

En las conversaciones siguientes, con Gutiérrez e Hidalgo, Maximiliano insiste en las reservas que ha indicado: la mayoría de los mexicanos no se ha producido, Juárez continúa su resistencia, y el ejército francés no ocupa sino una parte de México. Pero Gutiérrez, con su palabra dorada y con su habilidad, hace que cedan poco a poco las resistencias de su interlocutor, resistencias probablemente más aparentes que reales.

Si no ha complacido el discurso de Maximiliano a los mexicanos, provoca una agria reprimenda de parte de Francisco José. "Veo, según tu respuesta a la diputación, que no te atienes en lo absoluto a la garantía de las tres potencias marítimas, y sobre todo de Inglaterra. Debo recordarte esta condición rigurosa formulada al principio. No puedes ponerte bajo la sola tutela de Francia".

Irritación también del lado francés. Un alto funcionario del muelle de Orsay le hace saber a Gutiérrez que la alocución del archiduque no se publicará en el Moniteur. El ministro, señor Drouyn de Lhuys, quiere conocer el parecer del emperador antes de dejar publicar la frase: "Exijo garantías capaces de proteger al futuro imperio de las amenazas que podrían hacérsele a su integridad y a su independencia". Sin embargo, unos días más tarde, se hace saber que el discurso aparecerá con una modificación. Drouyn de Lhuys lo censuró. El "exijo", se convirtió en "pido", expresión más conveniente desde todos los puntos de vista, precisan en el muelle de Orsay. "Carta de increíble impertinencia", anota Maximiliano en la carta comunicada por Gutiérrez. Todo el mundo está descontento.

* *

Aunque desgarrados por la guerra civil, los Estados Unidos de Norteamérica observan lo que sucede en México. Desde el principio no ha cesado la Unión de manifestar su hostilidad contra el proyecto de monarquía mexicana. Seward, secretario de Estado, no ha invocado jamás, en su correspondencia diplomática, en términos formales, la doctrina Monroe, y sin embargo este principio se halla implícito en todas sus cartas. Pero los políticos y los periódicos invocan a ésta con tanta insistencia, que la idea termina por imponerse.

En Washington, el ministro de Juárez, Matías Romero, joven, activo, casado con una americana de Nueva York, no cesa de hostigar a Seward, insinuando que las maniobras y los actos de los franceses y de Maximiliano van contra el espíritu y los términos de la doctrina. "No es posible que el pueblo y el gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica, olviden el principio legado por el presidente Monroe. Esto sería un peligro para América entera. Está en juego el porvenir del continente", repite incansablemente.

Muy pronto se mezcla en este asunto la opinión pública. Cuando el senador Geritt Smith declara, en un discurso pronunciado en la Institution Smithson, que el pueblo norteamericano no tolerará jamás el advenimiento de una monarquía en México, se le aplaude calurosamente. Se publican muchos libros y opúsculos acerca de este asunto y se le reparten al público. El más leído es el de Joshua Leavitt, personaje conocido en los círculos radicales, en el que la Francia "papista" es acusada de querer destruir la fe protestante.

Seward, sin embargo, opta por la paciencia. Sin duda, los confederados retroceden y la supremacía militar de la Unión se afirma. Pero la preocupación capital es la guerra interior. No reacciona casi exteriormente cuando recibe de México el pliego oficial que anuncia que la Asamblea de los Notables ha escogido "una monarquía con un príncipe católico hereditario por soberano, un príncipe que tomará el título de emperador de México. Se le ofrecerá el trono a Su Alteza Imperial el archiduque Fernando Maximiliano, para él y sus descendientes". Si el archiduque se rehúsa, la nación le pedirá a S. M. Napoleón III que designe a otro príncipe católico. El secretario de Estado le envía instrucciones a su ministro en París. Éste deberá abstenerse de aparecer en todas las ceremonias oficiales donde Maximiliano pudiera presentarse con el título de emperador de México.

Por su parte, la Confederación de los Estados del Sur no pierde de vista lo que sucede en México. Ve allí una posibilidad de entendimiento con un vecino que podría restablecer el orden y beneficiarse con el apoyo francés. En 1863, el general James Williams, entonces en Europa, se encuentra con Rechberg. Está pronto, dice, a apoyar al archiduque. Se inicia una correspondencia entre el barón de Pont, secretario de Maximiliano y el general confederado. Se le encarga a éste un mensaje para el presidente Jefferson. "La causa del Sur y la causa de México están, de hecho, tan íntimamente asociadas, que puede decirse que es única. Ambos tienen ante ellos a un enemigo común y poderoso, y ambos deben reivindicar el derecho de las naciones libres de escoger su propia forma de gobierno".

Toda la simpatía de Maximiliano es para el Sur. Para dar pruebas de ella, invita a fines de noviembre a Miramar al general Williams. Este último muestra una carta del señor Mason, diplomático de la Confederación que, con el señor Slidel, representa en Europa a los Estados del Sur. Es de la mayor importancia para éstos, escribe Mason, que se establezca en

156

EL EMPERADOR DE LOS FRANCESES...

México un régimen estable y durable. Para él, la suerte de México está ligada a la de la Confederación. Si los yanquis triunfan, "no hay necesidad de ser profeta para predecir que los días del nuevo imperio están contados" (21 de diciembre de 1863).

Muchos sudistas son cálidos partidarios de una alianza íntima con México. Como el doctor Gwyn que tiene un plan de inmigración para este país a fin de hacerlo valer: treinta mil pioneros podrían ser implantados en el norte de México.

Este plan parece por otra parte inquietante a los ojos de Maximiliano.

* *

En estos finales de 1863, se ve acosado por todas partes. Desde Compiègne, Hidalgo, que ve diariamente a Napoleón III y a Eugenia, escribe que "aquí todo el mundo tiene el vivo deseo de ver al archiduque sentado en el trono... Todo el mundo en París y todo el mundo en México también están de tal manera seguros de que la llegada de Su Alteza Imperial estabilizaría la situación, que todos consideran su partida de Europa como la cuestión más urgente de todas las que conciernen al futuro imperio".

Desde México, Almonte, presidente del Consejo de regencia no cesa de repetir que la presencia de Maximiliano se ha tornado indispensable. Ninguno de los problemas que se plantean al gobierno provisional puede ser resuelto en ausencia del soberano. Considera como "capital" la partida de Maximiliano.

En cuanto a Gutiérrez, se "arroja a los pies" de Su Alteza

Imperial para suplicarle que actúe.

Maximiliano, que aún no ha obtenido el apoyo británico que con frecuencia declaró esencial, empieza a juzgarlo menos necesario. El informe de uno de sus agentes, el capitán Herzfeld, que ha tomado contacto con sir Charles Wyke, hace poco ministro inglés en México, influirá fuertemente en él. Desde Londres, en diciembre, Herzfeld hace precisiones que obligan a reflexionar. En una conversación secreta, sir Charles le ha informado de los propósitos que recientemente le ha comunicado Napoleón a propósito de los asuntos de México. "Napoleón sabe que ha sido engañado respecto de los verdaderos sentimientos del país, pero conserva la convicción de que existe un partido monárquico poderoso que se espantó por el carácter reaccionario de Almonte y de los demás". "Me he colocado

en situación difícil (tight place), dijo, pero es necesario liquidar el asunto". Cree que todo se arreglará con la llegada del archiduque, y que podrá retirar a sus tropas dejando un pequeño núcleo en derredor del cual se organizará el ejército mexicano.

Sir Charles había dicho otras muchas cosas. Entre otras, que Napoleón tenía confianza en las capacidades del archiduque que sabría conciliar los partidos y crear un imperio aliado de Francia. Pero cuando sir Charles sugirió que sería necesario disolver la regencia, organizar elecciones libres y formar una asamblea verdaderamente representativa, el emperador respondió: "Eso sería reconocer una culpa, y en Francia no me está permitido cometerla". Así, pues, continuará la política emprendida. Si el archiduque plantea condiciones inaceptables, Napoleón se volverá a España que conserva en México a muchos fieles. Incluso se ha pensado en un príncipe de recambio: "Monseñor el príncipe de Joinville es el candidato que debe remplazar a Vuestra Alteza Imperial en caso de necesidad". En una comida íntima a la que asistía sir Charles, el ministro francés de las finanzas, Fould, declaró que esta candidatura ofrecería muchas ventajas: Haría posible colocar en España una parte del empréstito mexicano, siendo el príncipe cuñado de la infanta Luisa Fernanda, hermana de la reina, y también reclutar tropas españolas, lo que permitiría llamar más pronto al cuerpo expedicionario francés. Desde el punto de vista interior, paralizaría la oposición orleanista, tenaz, en el cuerpo legislativo. Fould añadió que era preciso sin más tardanza pedirle a Su Alteza Imperial una franca explicación de sus intenciones y ponerlo "entre la espada y la pared".

Hay suficiente en todo esto para hacer reflexionar al archiduque. Maximiliano se ase de esa corona y Carlota se ase a ella todavía más que él. Actúa la amenaza de un contrincante. Por otra parte, siente muy bien que no puede prolongarse su resistencia. "Se ejerce presión por dos lados para llevarme a apresurar mi aceptación final y mi partida para México". Presión ejercida por Drouyn de Lhuys: cuando Maximiliano haya asumido la dirección del gobierno mexicano, el gobierno francés, actualmente muy molesto, se sentirá grandemente aliviado. Por los monárquicos y los clericales de México: tienen necesidad de la presencia de Maximiliano para sostenerlos contra los liberales. El archiduque sabe todo esto y ve claramente la situación. Además, ha entendido que todos los esfuerzos intentados para obtener la garantía inglesa, son inútiles.

El día de Navidad de 1863, Maximiliano y Carlota toman su decisión. El día 26, T'Kint de Roodenbeke, el diplomático belga de confianza, deja Miramar para volverse a Viena y a París. Lleva la respuesta del archiduque. Este último le escribe a su hermano: "Es imposible tener durante más tiempo en suspenso a los mexicanos. Ya no puedo continuar queriendo imponer condiciones que ahora sé que son irrealizables". Le hace saber a Napoleón III que asumirá todas sus responsabilidades desde el momento en que las ciudades de Morelia, Querétaro, Guanajuato y Guadalajara se pronuncien, porque podrá considerar que un número suficiente de mexicanos lo ha llamado a reinar. Pide algunas "garantías esenciales": la presencia en México durante seis años de a lo menos diez mil hombres; la seguridad de que estas tropas permanecerán hasta que un cuerpo de la misma importancia, reclutado en Europa, esté listo para tomar el relevo del anterior. Ya no se discute la garantía inglesa.

"¡Pobre joven!, anota Motley, ministro de la Unión en Viena... Cree firmemente que va a México a establecer allí un imperio americano, y que es instrumento de una misión divina que consiste en aniquilar al dragón de la democracia, y a restablecer a la verdadera Iglesia, el derecho divino y todo el trémolo..." Considera por lo demás a este asunto como "muy grave y amenazador para la Unión".

. *

Durante las recepciones de Año Nuevo, en enero de 1864, el ministro de la Unión en París, Dayton, le declara a la emperatriz Eugenia al interrogarlo ésta sobre los problemas políticos mexicanos: "Señora, la guerra de secesión toca a su fin y el Norte obtendrá la victoria. Francia será obligada a renunciar a su proyecto de México, si no, el archiduque austriaco sufrirá graves disgustos". Estas palabras, si excitan la cólera de la emperatriz (hasta el punto de que Dayton y sus hijas ya no son invitadas a sus "lunes"), no atenúan en nada su entusiasmo. No sucede lo mismo con Napoleón, el cual, desilusionado, ya no procura sino limitar los riesgos.

Se han hecho advertencias serias que son ataques contra la policía mexicana del régimen. En Le Mexique et les Etats-Unis (México y los Estados Unidos de Norteamérica), obra de tono muy moderado, Mercier de la Combe ha sacado a luz los peligros y las dificultades de la expedición. Y Forcade, en la Revue des deux mondes, ha predicho que, una vez terminada la guerra civil, el sentimiento popular americano apremiará

al gobierno para que imponga la doctrina Monroe por la fuerza de las armas.

En la apertura de la sesión del cuerpo legislativo, en noviembre de 1863, el emperador reconoció, en su discurso, que había habido en México una "resistencia inesperada", pero que los soldados franceses habían sido acogidos como libertadores. "Nuestros esfuerzos no habrán sido vanos y seremos recompensados por nuestros sacrificios cuando los destinos del país hayan sido confiados a un príncipe a quien talentos y virtudes hacen digno de una tan noble misión..." Intenta justificar su política añadiendo: "¿Cómo desarrollar nuestro comercio si abdicamos de toda influencia en América y en Asia?"

Pero ya no es sólo la oposición la que actualmente lo censura. A Picard y a Jules Favre que condenan, les hacen eco partidarios del régimen como Jérôme David quien comprueba que el sesgo de los acontecimientos ha causado "una emoción profunda en el país" y se pronuncia en favor de un retorno rápido de las tropas francesas. En su informe, el ministro de finanzas dice netamente que Francia desea el final de esta guerra. En cuanto al senado, en sú respuesta al discurso del trono, declara que "la empresa gloriosamente empezada debe recibir tan pronto como sea posible una solución digna del emperador y de los intereses franceses".

Napoleón tiene "el oído demasiado fino" —según su propia expresión— para no sentir el estado de espíritu del país. Intenta frenar. Trata de aumentar el número de los hombres de la legión extranjera y le recomienda a Bazaine (16 de diciembre de 1863) llevarla "a una cifra muy elevada tomando indios como soldados". Al mismo tiempo, piensa en obtener la concesión de las minas de Sonora, lo que permitiría un acuerdo para las costas de guerra. Así podría responder a las críticas que se le hacen de despilfarrar a la vez la sangre y el dinero de los franceses en una empresa loca.

En el convenio militar que le propone a Maximiliano, indica las garantías que Francia puede dar: las tropas francesas se retirarán a medida que puedan ser remplazadas por tropas nacionales. Dejarán tras ellas a la legión extranjera—seis mil hombres a lo menos— que permanecerá durante seis años bajo la bandera mexicana.

No es ciertamente lo que ha pedido Maximiliano, el cual solicita el consejo de su suegro. Leopoldo responde inmediatamente. Es política demasiado fina para no ver en ella las intenciones de Napoleón. "El emperador tiene un deseo: retirar

su ejército de México. Si el asunto fracasa, entonces se lava las manos respecto de él. Es, pues, necesario un documento escrito, lo mismo que sobre la gradación según la cual deberán ser retiradas las tropas francesas". Punto de capital importancia. "Mientras más largo tiempo se queden los franceses, será preferible, porque ése será tu principal apoyo". Debe haber ahí, "algo oficial firmado en nombre del emperador por sus ministros y tu encargado de asuntos, ratificado por ti y el emperador..." Así pues, necesidad de obtener un compromiso solemne, y también dinero. "Sin un préstamo y sin un convenio militar, yo no me iría". En suma, es necesario mostrarse exigente, dice, puesto que "tú sacas las castañas del fuego para el emperador Napoleón".

Tal es el consejo de Leopoldo. Maximiliano lo sigue. Le escribe a Napoleón para pedirle una ayuda financiera y militar.

El 31 de enero de 1864, Carlota, al escribirle a su abuela, la reina Amelia, le dice que Maximiliano no ha aceptado todavía oficialmente el trono de México, pero que está muy decidido a hacerlo sin renunciar por lo demás a sus derechos de príncipe austriaco. La empresa será difícil, pero no imposible, "sobre todo para Max". Si por desgracia no tuviese éxito, "el archiduque sigue siendo el primero de la Casa de Austria y no cede ni una pulgada de los derechos de su nacimiento... No ha, pues, cambiado nada en su posición, nada se ha modificado en las más lejanas eventualidades de la fortuna..." Es decir, que si Francisco José no deja heredero varón, es Maximiliano quien debe sucederle. Ahora bien, Francisco José tiene un hijo, Rodolfo, muchacho enclenque...

En suma, Maximiliano puede sin riesgo, cree Carlota, intentar la aventura. Pronto irá la joven pareja a París, a donde Napoleón invitó al archiduque a que viniera porque el tiempo apremia. "Después del discurso de Rouher que produjo gran efecto en Francia, la opinión es muy favorable para negociar un empréstito y todo lo que pueda ser útil a vuestro gobierno". La opinión: es decir, la banca, que cuenta mucho, en esta época en que los grandes trabajos se multiplican, con explotar ese dominio nuevo de México donde hay tanto quehacer. A decir verdad, Napoleón tiene una prisa: saber que Maximiliano ya ha partido. "Ahora es asunto suyo imponerse a México". le dirá muy pronto al general Du Barrail.

Es necesaria evidentemente la presencia de Maximiliano para arreglar las cuestiones de empréstito, de garantías militares, primordiales para el nuevo régimen. Y luego, con esta visita el archiduque se verá comprometido. Así, Napoleón, ha decidido que se le recibirá con los honores imperiales. Maximiliano, que ve bien el juego del emperador de los franceses, preferiría el incógnito, la intimidad de una recepción amigable.

Pero, ¿cómo resistir a las voluntades de Napoleón?

La víspera de la partida, el 4 de marzo de 1864, lo espera una desagradable sorpresa. Francisco José le remite un memorándum intitulado Anotaciones sobre la cuestión de la dinastía. Le encargó al historiador Von Arneth estudiar la ley de la sucesión de los Habsburgo, y la conclusión es tal como la desea Francisco José. En caso de que éste muriese, Maximiliano sería de derecho regente durante la minoría de Rodolfo. Ahora bien, convertido en soberano de México, ¿cómo podría ejercer estas funciones? Sería extraño, por el hecho de su ausencia, a las cosas austriacas. ¿Volver a Europa? Pero entonces le causaría un perjuicio a México, su país de adopción. Más vale, pues, para el archiduque, que renuncie a sus derechos.

El golpe es rudo. Francisco José quiso preparar a su hermano para esta idea. Ahora el asunto mexicano ha avanzado demasiado para que el archiduque, según parece, ni pueda ni quiera retroceder. Maximiliano, unos días más tarde, responderá que se reserva examinar de cerca este documento. Cuenta con refutar, con argumentos históricos, los argumentos históricos

que se le oponen.

En París se ha preparado un recibimiento fastuoso. La acogida que se reserva para los soberanos reinantes. En las Tullerías, Napoleón, que descendió seis escalones de la gran escalera, abraza al archiduque y toma a Carlota de la mano para conducirla al salón donde la espera la emperatriz. Se suceden las comidas y las veladas a las que asiste el cuerpo diplomático completo, a excepción del ministro de los Estados Unidos de Norteamérica. Caza en Versalles; gran velada en la ópera. Y dondequiera, aclamaciones populares. Esta joven pareja, elegante, simpática, suscita amistoso interés. En las calles, cuando pasa el carruaje de Carlota, gritan: "¡Buena suerte, señora archiduquesa!" Y, cosa que Maximiliano juzga de buen augurio, el general González de Mendoza, segundo del general Ortega en la defensa de Puebla, y actualmente prisionero de guerra en Francia, pide serle presentado. Este republicano se adhiere al emperador.

Sin embargo, entre el alta sociedad corre una palabra por los salones: se le llama a Maximiliano l'archidupe, el archi-